

Javier Marías, *Tu rostro mañana*, Madrid: Alfaguara, 2023, 768 pp.
(Reseñado por José de María Romero Barea, I.E.S. Azahar, Sevilla)

Javier Marías y las intrusiones de la realidad

Ahora que vivimos encapsulados en la cárcel dorada de nuestras absoluciones, engañados por máquinas superinteligentes que nos hacen creer que una simulación computarizada es la realidad, regresa el maestro de la fábula como modelo de investigación solipsista. Dos años después de su fallecimiento, revive Javier Marías (Madrid, 1951-2022) a través de su indagación ilustrada del cosmos que se abre dentro de uno mismo, cuando cada acto irreflexivo nos golpea. ¿Cómo perdonamos, nos curamos, nos damos espacio para respirar, para seguir adelante?

Es *Tu rostro mañana* –oportunamente reeditada por Alfaguara en 2023– una trilogía que no sólo trata de la necesidad, sino también de la imposibilidad de obtener consuelo de la literatura. Quince años después de haber sido publicada en tres entregas –*Fiebre y lanza*, 2002; *Baile y sueño*, 2004; *Veneno y sombra y adiós*, 2007–, la saga sigue desafiando todas las versiones de la historia oficial que nos contamos, mientras emite su doloroso recordatorio de que nada tiene por qué suceder como acaba sucediendo.

Contradice así el Premio Nelly Sachs 1997 el prejuicio categorial del filósofo Descartes, que promulga que apenas somos cerebros aislados en categorías: ser significa hacer, más que pensar. Escribir es asistir a una representación del pensamiento ético, teniendo en cuenta la dificultad innata de separar la filosofía racional de la vida misma, de leer explotando ingeniosamente el potencial simbólico del texto, dejando que el lector separe los numerosos subtextos de las pistas falsas.

Para Javier Marías, redactar significa, en última instancia, actuar, trascender la *res cogitans* o cosa pensante. La frecuentación de su mejor literatura nos convierte en sujetos activos contra las limitaciones; seres finitos, que, paradójicamente, tenemos al infinito, mientras resonamos en el texto que nos garabatea, un entramado ideológico en el que las intrusiones de la realidad cuestionan las creencias filosóficas y éticas de una narrativa que es difícil dejar de leer.

Nadie debería jamás contar nada

Nos sentamos frente a la pantalla para asistir a una transmisión en vivo de actores que interpretan escenas: «Deberíamos estar acostumbrados a la naturaleza temporal de las cosas, pero no lo estamos. Insistimos en no ser temporales, por eso es tan fácil asustarnos». Se narra desde una sensibilidad difícil de definir o ubicar, desde una distancia que parece a la vez alienada e íntima.

Las escenas cambian vagamente unas sobre otras, los personajes aparecen y desaparecen, con el efecto de algo no contado del todo, pero sí plenamente presente; no del todo visible, pero dotado de un encantamiento problemático. El autor edita el metraje –con efectos espaciales– en un largometraje escrito –o una obra de teatro filmada– mientras la cámara nos acecha, furtiva.

Nos recrea el artilugio de papel resultante a partir de su compendio de experiencias ajenas. El que lee, ¿es una réplica de sí mismo o del creador?: «Nadie debería jamás contar nada», asevera el narrador, «ni dar datos o aportar historias, ni hacer recordar a seres que nunca existieron cuando pisaron la tierra o cruzaron el mundo, que sólo sucedieron, pero estaban medio a salvo en la oscuridad y en el olvido».

Momentos de creación conducen a instancias iletradas donde los conceptos quedan incorporados a la inmaterialidad de lo escrito, como secuencias que nos mostraran lo que percibimos, pero reescritas por estados de lucidez que encapsulan lo que conocemos, mundos dentro de otros mundos, entelequias que hasta entonces creíamos imposibles de urdir.

Se nos presenta un ensayo sobre ética escrito por un novelista, una invención basada en hechos verosímiles, porque «contar siempre es un placer, incluso cuando toma e inyecta veneno en la vena, porque también supone un vínculo que aporta confianza, y rara es la confianza que antes de perderse no se traiciona, raro el vínculo que no se enreda o se regala, y terminas intentando cortarlo sacando el filo de la navaja».

Los detalles que aporta el protagonista, Jacques o Jaime o Jacobo Deza, se ajustan a la fisonomía de quienes le rodean, pero el interlocutor se permite un margen de duda para imaginar esas realidades desde su propio interior, como si articulara el equivalente literario de un tratado de biología, con genes que se transmiten, mutan aleatoriamente o sufren selección natural, explicaciones pseudocientíficas estas que nunca logran explicar del todo la experiencia humana.

Si el poeta inglés William Blake fue capaz de concebir el universo en un grano de arena, el Premio Comunidad de Madrid 1998 nos descubre las galaxias de

significados que encierra toda falacia: «¿Hasta qué punto eres capaz de dejar de lado los principios? [...] Todos lo hacemos de vez en cuando, de lo contrario no podríamos sobrevivir: por conveniencia, por miedo, por necesidad. Por sacrificio, por generosidad. Por amor, por odio».

El resultado contiene una deliberación profunda y sostenida sobre cuestiones de identidad, autoría, arte y ética. Detrás de la meticulosa transcripción de los fenómenos consuetudinarios que lleva a cabo el descreído avatar, respira una fe latente –la de un místico– en que todo, por cotidiano que parezca, contiene secretos a la espera de ser desvelados.

Una actuación continuada

La ficción primordial, cruzada de ficciones adyacentes, ejerce un poder correctivo contra el enfoque primigenio de que la ignorancia es felicidad: «Tendemos a pensar que hay un orden oculto que desconocemos y también una trama de la que querríamos ser parte consciente». Al insistir en el velo que nos separa de la verdad, las derivas intergeneracionales derriban prejuicios: no es aquí donde estamos, no somos quienes seguimos leyendo, trascendiendo límites, anulando las insuficiencias «del método –saber que existe, o se le atribuye–, de modo que cualquiera pierde su bendito rumbo variable, impredecible, incierto, y con ello su libertad».

Avanza la incredulidad hacia el materialismo letrado en diálogos que todo lo cuestionan. Seres sensibles, conscientes y comunicantes, se niegan a dejarse asustar por lenguajes secretos, códigos abstrusos, extrañas formas de cognición, empeñadas en «creer que el significado de algo, aunque sea el más mínimo detalle, depende de nosotros o de nuestras acciones, de nuestro propósito o de nuestra función, de creer que hay voluntad, que hay destino, e incluso una combinación de ambos».

La historia principal refuta las tramas secundarias que solemos contarnos, eso que denominamos experiencia, donde «no hay luz, ni espacio para respirar, ni ventilación en la unanimidad, ni en los lugares comunes compartidos. Hay que escapar de eso para poder vivir». Leemos refutando nuestra lectura a medida que procesamos los datos en una entidad física, ese libro abstracto, capaz de dar y recibir argumentos fantasmagóricos, un objeto etéreo que aceptamos «sin sentirnos atrapados en el tiempo en que nacimos y en el que moriremos».

Es posible contemplar la bibliografía del Premio Grinzane Cavour y Alberto Moravia 2000 como el exorcismo de ese espíritu llamado ser humano, tan parecido a un autómatas «que se ve a sí mismo actuando, como si estuviera en

una actuación continuada». Se desentrañan ideas complejas en oraciones que nos impulsan hacia pasajes febriles, donde la inteligencia sucumbe a la enajenación, atormentada por espectros: «¿Quién cree que el exterior solo existe en la medida en que cuenta y los acontecimientos solo en la medida en que cuentan algo, aunque sea muy poco probable que alguien se moleste en contarlos, o en contar esos hechos concretos, es decir, los hechos básicos?».

Todo baila con nosotros hasta el final de los días

Experimentos mentales para explorar los límites de lo que significa estar vivo transcriben reminiscencias de nuestro momento transhumanista, con tecnofuturistas entelequias siempre a una distancia práctica de la espiritualidad, entes entre los cuales «vivimos, supongo que con la esperanza inconfesada de que algún día se romperán las reglas, el curso, la costumbre y la historia, y de que, según nuestra experiencia, seremos nosotros, es decir, yo».

Son los antepasados quienes entregan las revelaciones prelapsarias: su cometido es pergeñar una visión de la actualidad como un más allá imperceptible o indiferente a lo que percibimos a través de los sentidos, lo que «pasa [en definitiva] con lo que negamos o callamos, lo que guardamos y enterramos: desaparece sin remedio y llegamos a no creer que realmente existió o si existió, tendemos a desconfiar increíblemente de nuestras percepciones cuando ya son pasadas y no son confirmadas».

Una vez desechado el afán mecanicista de la intangibilidad que sobrevive a la anulación corporal, lo que queda del modelo cartesiano de la relación mente-cuerpo implica, necesariamente, la redacción cerebral que, indefectiblemente, observa los datos sensoriales proyectados en el relato sobre la búsqueda de una identidad personal y política contada en varias voces.

Se despliega un *tour de force* de múltiples narrativas, una habitación ficticia con muchos habitantes, angustias y discusiones: una obra desafiante y ambiciosa que rehace la idea de la ficción y sus usos: «Negamos nuestra memoria y terminamos contándonos versiones inexactas de lo que presenciamos, no confiamos en los testigos ni en nosotros mismos, lo sometemos todo a la hora de las traducciones».

Evoca el Premio Alessio las bellezas del mundo natural al tiempo que los hedores de la podredumbre especulativa en el túmulo mortuorio de la costumbre, mediante un discurso que flota al borde de la locura, explorando la idea de que un escritor que crea una narrativa unificada traiciona la verdad de una existencia en la que «nos entregamos a la interpretación perpetua, incluso de lo que conocemos

y sabemos con seguridad, y así lo hacemos flotar inestable, impreciso, porque nada es nunca fijo ni definitivo, y todo baila con nosotros hasta el final de los días».

Se explora toda una trayectoria literaria, política, emocional y existencial. Insiste el Premio José Donoso 2008 en la certeza de que, libro adentro, no hay página, ni hay pantalla, ni ego que proyectar en ella: más bien, son nuestros cerebros la maquinaria que procesa la información, mientras que el yo es una entidad ilocalizable, porque «no soportamos las certezas, ni siquiera las que nos convienen y consuelan [...] nadie quiere convertirse en eso, en su propio dolor y su fiebre y su lanza».

Se compromete *Tu rostro mañana* con los problemas y ansiedades de su tiempo y, de paso, del nuestro. Es el paso del tiempo, en definitiva, la que nos empuja a sanar la herida que nos inflige el hecho de sabernos mortales, lo que ilumina, en definitiva, nuestro camino hacia la trascendencia. Son estos tres volúmenes del America Award 2010 un artillero esencial, rebosante de prolivos debates existenciales que se deleitan, sobre todo, en los silencios que fomentan. Porque si uno ama, parece sugerir el Premio de Literatura Europea austriaco de 2011, es posible que se quede sin palabras.

El rostro bajo la máscara

Sostienen los personajes, tan quiméricos como incorpóreos, que es posible la conciencia, pero dependiente de la conducta y sus predisposiciones. Aunque diferentes, forman parte de una misma ficción: «¿Cómo no conocer hoy tu rostro mañana, el rostro que ya está ahí o se está forjando bajo el rostro que muestras o bajo la máscara que llevas puesta, y que sólo me mostrarás cuando menos lo esté esperando?». La intención cosmológica de *Tu rostro mañana* parece ser cuestionar el lugar de la humanidad en la naturaleza, o lo que es lo mismo, su misión en el planeta Tierra.

Comparte el Premio Formentor 2013 su habilidad para reanimar lo sucedido en de manera cognoscible para los demás, sin dejar de ser fiel a sí mismo. Su obra es difícil de definir: una mezcla de realismo, memorial y polémica. Aunque se resiste a los binarios de culpable e inocente, víctima o perpetrador, uno no puede evitar compartir esa mezcla de simpatía y repulsión que nos provoca a medida que conocemos la peripecia del Premio Bottari Lattes Grinzane 2015, basada en explorar cómo hombres y mujeres se proponen desatar la mentira de sí mismos con consecuencias devastadoras para su alteridad.

Transcurridos dos años de su desaparición, regresa Javier Marías, Premio Liber a toda su trayectoria en 2017, con este volumen esencial, al igual que las cuestiones que plantea, poblado de entes fascinados por deshacer los estragos de la muerte. Pero quizás su innovación más procedente sea resucitar una forma latente, la novela de ideas, que permite al que fuera miembro de la Real Academia Española y de la británica Royal Society of Literature vincular las más diversas tradiciones para encontrar el infinito no en un dios etéreo, sino en aquello que somos capaces de percibir a través de los sentidos: el amor, o su reconstrucción en una recreación omnicomprendiva.

JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

I.E.S. Azahar, Sevilla

josedemaria72@hotmail.es

ORCID code: 0009-0002-6511-0895